

## 1212, la batalla de las Navas de Tolosa

**Julia Pavón** -- Departamento de Historia  
**María Calonge** -- Biblioteca - Fondo Antiguo

Exposición permanente virtual:

[1212, la batalla de las Navas de Tolosa](#)



### 1. La Península Ibérica alrededor de 1212

Para entender el choque armado que tuvo lugar en verano de 1212 en las tierras jiennenses del paraje de las Navas de Losa o Tolosa, se requiere una visión retrospectiva de la trayectoria política hispana al menos desde finales del siglo XI.

La caída del califato de Córdoba (1031) y la debilidad de los reinos de taifas, en los que quedó fragmentado Al-Andalus, trajeron consigo un crecimiento de los reinos cristianos del norte, al compás de los impulsos de un desarrollo a nivel continental. La fragilidad y el descrédito político de las entidades musulmanas cuajaron en el "régimen de parias", contribuyendo a su desgaste económico y la puesta en práctica de una estrategia de acoso que a medio y largo plazo depararía importantes conquistas en el valle del Ebro y Tajo, e incursiones dentro de las tierras andalusíes. La llegada de los Almorávides y la derrota de Zalaca (1086) de Alfonso VI contrajeron momentáneamente la iniciativa de las conquistas de los reinos de Castilla y Aragón. Al mediar la siguiente centuria, la entrada de los nuevos aires norteafricanos con los Almohades (1147) y la muerte de Alfonso VII (1157), dibujaron un nuevo panorama que ensombrecía las posibilidades de intervención cristiana directa más allá de las líneas de frontera, como la etapa precedente. Así, desde el flanco más occidental, al sur del Tajo, como en el oriental, en las cabeceras y cuencas altas del Guadalquivir y Segura, peligraban las tierras en contacto con el Islam.

La desunión de Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón en la empresa de expansión, que se observa desde el último tercio del siglo XII, marcaría la tónica de la política hispana hasta casi el mismo año de 1212. La defensa de sus intereses, el establecimiento de las bases fronterizas y los ajustes territoriales, así como las renovaciones nobiliarias obligaron a mantener una paz pactada con los norteafricanos, rota según las circunstancias, como en la conquista de Cuenca (1177), gracias a la desestabilización almohade del norte de África y al acuerdo de cooperación de los reyes cristianos.

La intervención de Roma sería crucial para la unidad hispana. Clemente III, poco después Celestino III, y por último Inocencio III fueron piezas claves, si bien en muchas ocasiones sus consejos y ruegos epistolares eran desoídos en las cortes cristianas. Así, dentro de un contexto mediterráneo, donde estaban menguando los Estados Latinos en Tierra Santa, la lucha contra el infiel formaba parte esencial

del programa de dirección pontificia. A pesar de esos primeros esfuerzos, y con el recuerdo de la pérdida de Jerusalén, nada se pudo hacer ante la afrenta militar de Alarcos (1195). Por ello, desde esa misma fecha hasta la victoria de las Navas de Tolosa, la actividad diplomática romana fue intensa.

## **2. Los principales actores**

Alfonso VIII, rey de Castilla (1155-1214) y fundador del monasterio de las Huelgas; Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247), arzobispo de Toledo (1209-1247), perito en Derecho y Filosofía además de autor de la crónica *De rebus Hispaniae*, donde aparece un detallado relato sobre la batalla de las Navas de Tolosa (lib. VIII) decisivo para la memoria histórica y colectiva de generaciones posteriores; Inocencio III (c. 1161-1216), papa (1198-1216), principal adalid del monarca castellano en su lucha contra los almohades y figura destacada de la Iglesia a comienzos del siglo XIII (IV Concilio Ecuménico de Letrán, 1215-1216); Pedro II el Católico (1178-1213), rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier y que moriría en Muret (1213) defendiendo a sus vasallos; Sancho VII, rey de Navarra (c. 1154-1234), que asaltó el palenque de Miramamolín y que trajo a Navarra las cadenas que lo cercaban, Abu Abd Allah Muhammad Ibn Ya'qub, califa almohade (1199-1213), más conocido por Muhammad al-Nasir, el vencedor, o Miramamolín, por las fuentes cristianas, hijo de Abu Yusuf Ya'qub al-Mansur, el triunfador de Alarcos (1195). Y, por último, Diego López de Haro, señor de Vizcaya y uno de los principales valedores de Castilla en el tránsito del siglo XII al XIII, fue alférez del monarca Alfonso VIII y conductor de la vanguardia del ejército cristiano en la lid de las Navas de Tolosa.

## **3. La batalla**

**3.1. La posición de los ejércitos.** El 14 de julio, sábado, las tropas cristianas y musulmanas acamparon enfrentadas en el paraje que queda encuadrado entre la explanada de la Mesa del Rey (hispanos) y las navas de Santa Elena (andalusíes), respectivamente. Tras algunas escaramuzas durante el fin de semana, el lunes 16 de julio tuvo lugar el encuentro armado entre ambos ejércitos. Las mesnadas cristianas, situadas a los pies de la Mesa del Rey, estaban formadas por tres cuerpos: en el centro el comandado por Alfonso VIII, en el ala derecha las huestes a las órdenes de Sancho el Fuerte, y en la izquierda las regidas por Pedro II de Aragón.

Según el estudio de Huici Miranda sobre las distintas fuentes originales, principalmente la crónica de Jiménez de Rada, que realiza en su obra sobre *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas* (p. 253-254), la distribución de las tropas fue la siguiente: las milicias castellanas tenían a la cabeza a Diego López de Haro con su hijo y sobrino y sus vasallos, en una de cuyas columnas figuraba Gonzalo Núñez con sus hidalgos, los Templarios con su maestre Gómez Ramírez, los sanjuanistas con su prior Gutiérrez Ramírez, así como los de Uclés y Calatrava. El ala izquierda, a cargo del rey aragonés, estaba a su vez dividida en tres líneas, dirigidas por García Romero, Jimen Cornel y Aznar Pardo. Engrosaban sus filas también concejos castellanos y un haz colateral compuesto por nobles aragoneses. Sancho de Navarra condujo el ala derecha con sus doscientos caballeros, según la carta que poco después le dirigió Alfonso VIII al papa, y las milicias de los concejos de Segovia, Ávila y Medina del Campo.

Para reconstruir las posiciones musulmanas, se cuenta con menos fuentes directas, si bien F. García Fitz ha hecho recientemente un estudio aproximado de lo que pudo ser la organización de las mismas. Del lado almohade, por tanto, el ejército se estableció con un dispositivo cerrado de infantería situado en la retaguardia, sobre el cerro de los Olivares. Delante de éste, se situó el grueso de los combatientes custodiados por una vanguardia y una retaguardia. A derecha e izquierda de este cuerpo central se colocaron dos alas compuestas por caballería ligera árabe. El dispositivo de retaguardia o centro de mando era reconocible porque ahí se levantaba la tienda roja del califa, rodeada, a modo defensivo, por los esclavos negros de su guardia personal. Estos contaban con unas lanzas clavadas en la tierra y en posición de ataque hacia delante. Asimismo contaba con el refuerzo de tiradores con arco. Este cuadro de mando protegido se protegía a su vez por unas estacas, unidas por cadenas.

**3.2. La batalla.** Las huestes castellanas de vanguardia, dirigidas por Diego López de Haro, tomaron la iniciativa, bajando de la Mesa del Rey. Apenas encontraron resistencia en la línea de vanguardia y en los núcleos de los altozanos contiguos, si bien al encontrarse con el grueso central del ejército almohade ante el cerro de los Olivares, comenzaron los apuros.

El rey de Aragón acudió en su socorro con las milicias concejiles, que al parecer no estuvieron a la altura. Por ello, el rey castellano decidió movilizar sus tropas, en la retaguardia y lanzar un nuevo ataque, al que se sumó el de los monarcas aragonés y navarro. Esta fuerza de choque no pudo ser contenida por los musulmanes, cuyo califa al-Nasir huyó, provocando la desbandada y la toma del palenque por parte de los cristianos. Al caer la tarde, las tropas cristianas se instalaron sobre el campamento enemigo.

**3.3. Las consecuencias de la campaña.** Las consecuencias más inmediatas se ciñeron al saqueo del campamento almohade y al pillaje de todo tipo de objetos por el palenque, que intentó frenar el arzobispo de Toledo, y el campo del enfrentamiento: ropajes y objetos preciados, armas y animales, destacando el pendón que se conserva en el monasterio de las Huelgas de Burgos.

Y en cuanto a las ganancias territoriales, el miércoles 18 se tomaron los castillos cercanos de Vilches, Baños, Tolosa y el Ferral, cuyos defensores fueron pasados a cuchillo. Dos días después,

desguarnecidas las posiciones musulmanas se pudo tomar Baeza y se puso sitio a Úbeda, que sería tomada, gracias a la pericia de los caballeros aragoneses al minar una de las torres, el día 20. Las condiciones de escasa higiene, el calor del verano y la falta de una buena alimentación acabaron por incidir en las gentes organizadas por los reyes cristianos, de manera que se manifestó una disentería o peste, mermando la continuación de la campaña. De esta forma comenzó la retirada hacia Toledo, abandonando cualquier conquista sobre los territorios del alto Guadalquivir; si bien el imperio almohade sufrió un golpe de mano en sus posesiones andaluzas.

#### 4. La presencia de los caballeros navarros y el escudo de Navarra

Cuando Alfonso VIII escribió al papa relatándole la victoria cristiana en el campo de batalla poco después del acontecimiento, aquél le contó el encuentro en los llanos de Salvatierra con Pedro II y Sancho VII el Fuerte, quien se presentó con doscientos caballeros. Esta cifra ha servido posteriormente a la tradición historiográfica para tratar de reconstruir la identidad de esos caballeros, siendo Gonzalo Argote de Molina, historiador y genealogista de la segunda mitad del siglo XVI, el primero en proporcionar un listado; más tarde, Julio Altadill, en la celebración del centenario de la batalla de 1912 proporcionó un repertorio más completo, al recoger a los notables y “tenentes” de la época.

En otro orden de cosas se encuentra el episodio del botín recogido por los hombres del monarca navarro, destacando las tiendas y las cadenas, cuyos eslabones se encuentran repartidos entre la catedral de Tudela, el monasterio de Santa María de Irache y la colegiata de Roncesvalles. Y es aquí, donde la tradición mezcla el papel destacado de Sancho en la toma del campamento agareno y la constitución del escudo de Navarra. El jesuita José Moret (1615-1687), recogiendo los datos de las crónicas finimievales del agustino García de Eugui (f. XIV) y la Crónica del Príncipe de Viana (c. 1454), no dudó en versar más ampliamente la teoría de esta última, al afirmar que el escudo navarro representaba el entrelazo de las cadenas obtenidas en Jaén, sustituyendo así al águila, símbolo utilizado por el Fuerte en su cancillería. Sin embargo, el actual escudo de Navarra no surgió tras la batalla, sino que como bien ha señalado F. Menéndez-Pidal, el escudo bloqueado de ocho barras fue introducido por Teobaldo I y la identificación de esas barras por cadenas se hizo probablemente en el siglo XIV, según Luis J. Fortún Pérez de Ciriza.

